

El prodigioso disertar: Juan Vicente Melo, ensayista

Francisco Mercado Noyola



El violonchelista, compositor y director de orquesta español Pablo Casals, en una clase magistral en Zermatt, Suiza.
(Fotografía: Erich Auerbach / Getty Images)

*Siempre invento cosas: de mí, de lo que sucedió
respecto a mí, de lo que pasó en una fiesta,
de mi personal comportamiento.*

JUAN VICENTE MELO

CRONISTA AVEZADO EN LA DOBLE MORAL de la era porfiriana, Manuel Gutiérrez Nájera, en la primera entrega de su novela *Aventuras de Manon* de 1894, escribe: “La luz es el error, pero yo aborrezco la verdad, debe ser fea, la prueba es que siempre anda escondida. En cambio, la mentira y el engaño andan siempre de bracero y a luz plena. [...] La luz, esa suprema embaucadora, nos pinta todo de color de rosa, y mientras haya luz somos felices. ¡No apaguéis la vela!”. No pocos espíritus elevados en la historia han afirmado que la realidad es más imposible e intolerable que la ficción. Uno de estos egregios ilusionistas fue Juan Vicente Melo, cuya poco conocida faceta de ensayista nos da a conocer Juan Javier Mora-Rivera, quien compila y publica —por medio del Instituto Literario de Veracruz— *La vida verdadera*, colección de ensayos que constituye un importante rescate de esta parte soslayada de la obra del narrador veracruzano. La literatura es una renuncia a la iniquidad del mundo real y una facultad beligerante en la ficción, una huída honrosa del *deber ser* social hacia el *Ser* ilimitado del Arte, escapismo inherente —quizá también— a la naturaleza del melómano. Así, las constantes alusiones a la “prosa musical” de Melo llegaron a constituir un lugar común “que ya lo fastidiaba”. Melo llevó a cabo en su obra ensayística la crítica y reseña puntual de sus contemporáneos y maestros, desde la visión del creador y no —en sus palabras— “viendo los toros desde la barrera”. Asimismo afirmó a Huberto Batis en una entrevista en 1964: “Mi *vida verdadera* serán los libros que algún día escribiré”

Melo señala la novela inglesa decimonónica *Wuthering Heights* de Emily Brönte como uno de los hitos literarios de su vida. Heroína byroniana, mujer enfermiza y muerta a los veintinueve años, la autora de Yorkshire fue absolutamente incomprendida por su tiempo, y reivindicada un siglo más tarde por los surrealistas. *Cumbres borrascosas* fue lectura de adolescencia de Melo, a la que volvió recurrentemente durante su vida de lector y esteta. En su ensayo “¿Quién es Heathcliff?” él expone el supremo estado de interdicción causado por la pasión amorosa, vivida en el más intenso espíritu romántico, a cuyas riberas va aparejada la certeza de su imposibilidad terrenal. La ecuación erótica entre


Heathcliff y Catalina Earnshaw podría expresarse así: amor menos pasión igual a enemistad y odio sin tregua. Un paria de probable sangre gitana es el ejecutor ideal de este amoroso asesinato, quien es desde su origen una presencia trágica, como un destino ineludible. Paradójicamente, las caricias sexuales en esta lucha sorda constituirían una profanación imposible del amor-pasión.

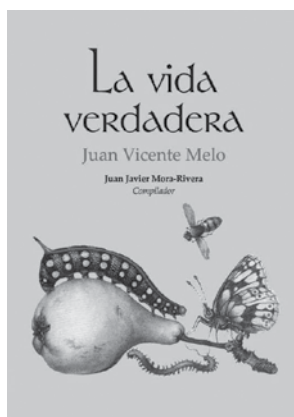
“La lucha con Dios” es un ensayo que nos espeta una verdad lapidaria e inmisericorde: “Dios es una ausencia.” Los narradores católicos franceses del siglo xx —entre éstos Simone Weil y Léon Bloy— parecen aproximarnos a la certeza de que Dios sólo puede ser encontrado en la muerte, cuando ya todo ha adquirido una significación que es imposible durante los días terrenales. El pecado, el tedio, la anti-virtud, son todos símbolos de la “prisión del mundo” que tienen como precedente histórico inmediato el absurdo de los personajes de Camus. El combate existencial del hombre parece oscilar entre la voluntad de trascendencia y el aburrimiento cotidiano como condición intrínseca. Contra el *spleen* y la opresión de la vida virtuosa los personajes no hallan más salida que el pecado, el crimen, los actos suicidas y la insania del régimen nocturno del espíritu, con el dolor físico adherido fatalmente al sufrimiento del alma. Inmerso en esta narrativa, el siglo xx se desprende de su ambigüedad temática amoral para retornar a la ausencia de Dios como origen del mal y el sufrimiento. Dios deja de ser imagen bienhechora en la cabecera del lecho infantil; es horror, desesperación y consunción en la agonía de estar vivos. Estos personajes dan la razón al atormentado Iván Karámazov de Dostoievski, y sus dramas sugieren que el ser humano preservaría mejor su dignidad si luchara contra el destino con la plena conciencia del abandono de las deidades.

En “Podría empezar de otra manera...”, Melo define una postura del narrador ante sus lectores. Irónicamente, caracteriza a Carlos Monsiváis como un joven *outsider* capaz de adjudicar a la Generación de Medio Siglo el mote de *maffia*. Asimismo, narra la influencia bienhechora de Juan García Ponce y Tomás Segovia, quienes lo introdujeron a la lectura de Pavese,

Mann, Proust y Camus; la de José Emilio Pacheco —el “niño inquieto, tímido, miope y gordito que se dedicó a repasar ávidamente los títulos de los libros” durante su visita a su casa del Puerto— y quien le inculcó su afición por Reyes y Borges; la de José de la Colina, al mostrarle el gozo de leer a Faulkner, Virginia Woolf y Thomas Wolfe; así como la de Max Aub, de quien aprendió la generosidad con los jóvenes, el trabajo y la constancia. Exalta a la melomanía como su segunda vocación, y en “La vida verdadera” es posible rastrear el proceso por el cual su forma de apreciar la música sentó un precedente fundamental de la crítica de este arte en México. Finaliza confesando que escribe “por necesidad de inventar una realidad más próxima”, para que un día le sea revelada “una verdad que lo explique a sí mismo”.

En “Notas sentimentales para recordar a Pablo Casals” Juan Vicente relata la vida de su hogar paterno, que fue conocido como el “palacio de la música” de la localidad, fama que llevó a la residencia Melo a alojar en dos ocasiones, en los años cincuenta, al célebre violonchelista catalán Pablo Casals. En otros textos de menor aliento el ensayista escribe sobre la presencia inmanente de la muerte y el amor en la literatura mexicana, basada en mitos prehispánicos y creencias judeocristianas. De la prosa de José Revueltas destaca “la palabra enlutada, aterradora en su ácida verdad, en su grandeza miserable, en esa muerte que lleva encima como signo único de vida”. A la inquie-

tante *Farabeuf* o *la crónica de un instante* la exalta como una novela que lleva el amor a su expresión más extrema en la tortura; al tiempo que a la colección de cuentos *Narda o el verano*, del mismo Elizondo, la considera un logro de la melancolía del instante fotográfico. En *Violeta-Perú* de Luis Arturo Ramos, Melo advierte una *Bildungsroman* de la debacle sórdida y autodestructiva de una frágil mariposa nocturna. Mientras que en los relatos “Domingo” y “Junto al paisaje”, del mismo Ramos, percibe una asfixiante atmósfera de encierro encubierta por un falso amor pasional. En el poemario *De cómo Robert Schumann fue vencido por los demonios* de Francisco Hernández, Melo retoma —como círculo perfecto— la ignominia de la vida falsa, la realidad intolerable “...de esta urbe pesarosa de torrentes plomizos,/ de este bello país de pordioseros y ladrones/ donde el amor es mierda de perros policías y la piedad un tiro en parietal de niño...”. *La vida verdadera* es una colección de ensayos que ofrece al lector un aspecto —en ocasiones desdeñado— de la vida y obra de un narrador importante en la tradición literaria nacional, el de las lecturas e hitos estéticos que nutrieron tanto las ideas como las obsesiones vitales y creativas de Juan Vicente Melo. El autor jarocho murió en 1996, y escribió el ensayo sobre la poesía de Hernández en 1988. Tiempo más que suficiente tuvo para presenciar y asquearse con las realidades misérrimas del México contemporáneo, la vida que no quisiéramos verdadera. 



Juan Vicente Melo

La vida verdadera

Compilación de Juan Javier Mora-Rivera

México, Instituto Literario de Veracruz, 2013, 132 pp.